

Albert Memmi: retrato de un extranjero. Crisis de identidad y creación literaria

José Carlos Marco Vega

Universidad Complutense de Madrid

jcmarco@ucm.es

Résumé

En 1953, Albert Memmi publie son premier roman autobiographique, intitulé *La statue de sel*. Issu d'une famille juive, Memmi passe son enfance en Tunisie, pays à majorité musulmane qui, à l'époque, était sous protectorat français. Cette situation particulière provoque chez l'écrivain une profonde crise d'identité. À 35 ans, Memmi se rend compte que seule la littérature peut l'aider à comprendre sa place dans le monde. Dans cet article, nous allons analyser le sentiment d'étrangeté avec lequel grandit l'auteur tunisien. Pour ce faire, nous allons considérer les œuvres *La statue de sel* et le *Portrait du colonisé*, essai publié en 1957 comme complément théorique du roman.

Mots-clé: Tunisie; Camus; Sartre; judaïsme; colonisation; étrangeté.

Abstract

Albert Memmi's first autobiographical novel, called *La statue de sel*, was published in 1953. Born in a Jewish family, Memmi grows up in Tunisia at a time where this Muslim majority country was still a French protectorate. Growing up in such an exceptional environment causes him a serious identity crisis. At 35, Memmi realizes that only literature can help him understand his place in the world. In this paper, we would like to analyze the feeling of strangeness Albert Memmi grew up with, paying special attention to his books: *La statue de sel* and the *Portrait du colonisé*, an essay published in 1957 as a theoretical complement to the novel.

Key words: Tunisia; Camus; Sartre; Judaism; colonization; strangeness.

0. Introducción

El objetivo del presente trabajo¹ es llamar la atención del lector sobre la obra de un escritor fundamental en la literatura magrebí de expresión francesa. Albert Memmi, conocido sobre todo por su repulsa contra el fenómeno mismo de la colonización, vivió una adolescencia marcada por una crisis de identidad profunda. Analizaremos aquí el sentimiento de extrañeza con el que crece el escritor tunecino, basándonos siempre, eso sí, en su obra literaria. A lo largo de este artículo, comprobaremos además hasta qué punto la creación literaria puede permitir al ser humano aliviar el desasosiego que inevitablemente trae consigo cualquier crisis de identidad.

Por otra parte, la colonización en los países del Magreb ha dado lugar a la escritura de numerosas obras, en su mayoría novelas. En ellas son analizados una y otra vez los efectos devastadores que este fenómeno produce sobre la población colonizada. Consideraremos también algunas de esas novelas con el objetivo de completar el análisis de los dos libros que constituyen el corpus del presente trabajo, a saber, *La statue de sel* (1953) y el *Portrait du colonisé* (1957). A estos dos textos habría que añadir un tercero, *Agar*, novela publicada en 1955 como complemento de la primera. Como es sabido, las tres obras pueden ser leídas de forma unitaria como si se tratara de un tríptico².

Pero, ¿por qué Albert Memmi? ¿Por qué precisamente él? La elección de este autor se debe, como veremos a continuación, a que las circunstancias excepcionales en las que transcurren los primeros años de su vida lo convierten en paradigma del «étranger»³. Además, no podemos pasar por alto la labor de Memmi como crítico y antólogo, reflejada en textos como *Portrait d'un juif* (1962), *Anthologie des écrivains maghrébins d'expression française* (1964), *L'homme dominé* (1968), *Juifs et Arabes* (1974), *Le Racisme* (1994), *Le Juif et l'Autre* (1996) o el más reciente *Portrait du décolonisé arabo-musulman et de quelques autres* (2004). A estos títulos habría que añadir los artículos «racisme», «dépendance» y «colonisation», que escribe para *l'Encyclopédie*

¹ La investigación que ha dado lugar a estos resultados ha recibido financiación del Ministerio de Educación español y está enmarcada dentro del Programa de Formación de Profesorado Universitario (credencial AP2010-1396).

² Por cuestiones de espacio, he optado por excluir *Agar* (1955) de mi corpus de trabajo y limitar el análisis a las obras *La statue de sel* (1953) y el *Portrait du colonisé* (1957). El estudio de *Agar* apenas aportaría algo nuevo, ya que se trata de un texto con características similares a *La statue de sel*. No puedo prescindir, sin embargo, del análisis del *Portrait du colonisé*, que constituye un complemento teórico esencial de las novelas.

³ Cuando hablo de «étranger», tengo en mente las definiciones siguientes del *Nouveau Petit Robert* (1996): «I.3. Qui n'appartient pas ou qui est considéré comme n'appartenant pas à un groupe (familial, social)»; «II.2. Personne qui ne fait pas partie ou n'est pas considérée comme faisant partie de la famille, du clan; personne avec laquelle on n'a rien de commun». Me interesa por tanto el sentimiento de pertenencia a un grupo, a una comunidad, a una minoría cultural, a un clan, etc., además, claro está, del hecho de pertenecer o no a una nación determinada.

Universalis. Es precisamente gracias a su labor como escritor que Memmi se ha convertido en uno de los grandes pensadores del fenómeno de la colonización.

1. Sentimiento de extrañeza y ficción literaria

En el prefacio a la primera edición de *La statue de sel*, Albert Camus presenta al autor de la novela como un «écrivain français de Tunisie, qui n'est ni français ni tunisien, et qui, par ricochet, est à peine juif, puisque, dans un sens, il ne voudrait pas l'être» (Memmi, 1972: 9). Nacido en 1920, Albert Memmi crece en el seno de una familia judía en Túnez, país árabe cuya población es mayoritariamente de religión musulmana. Gran parte de su vida transcurre además durante los años de protectorado francés. Memmi no llegará nunca a sentirse plenamente judío; tampoco tunecino, ya que el proceso de colonización se encargará de aniquilar cualquier sentimiento nacionalista; por otra parte, debido a su condición de colonizado, Memmi no conseguirá nunca integrarse en el grupo de los colonizadores, ni siquiera durante los años de formación. Sumido pues en una profunda crisis de identidad, pronto se da cuenta de que sólo la literatura puede ayudarle a comprenderse a sí mismo. Así lo manifiesta en el capítulo introductorio de *La statue de sel*:

Soulagement vicieux. Cet oubli par l'écriture, qui seul me procure quelque calme, me distrait du monde: je ne sais plus m'entretenir que de moi-même. Peut-être me faut-il d'abord régler mon propre compte. Quel aveuglement sur ce que je suis, quelle naïveté d'avoir espéré surmonter le déchirement essentiel, la contradiction qui fait le fond de ma vie! Allons, il faut en convenir: j'ai des bourdonnements d'oreilles et mal à la poitrine. Je n'ai pas voulu y prêter attention. Cela fait maintenant comme une sonnerie de cinéma ininterrompue. La vérité est que je suis ruiné. Il faut déposer mon bilan (Memmi, 1972: 13).

Pese a tratarse de una novela, el fuerte componente autobiográfico de la obra nos permite identificar al personaje principal, Alexandre Benillouche, con la figura de Memmi. En este sentido, no se trata de un texto autoficcional, ya que el autor no se propone llevar a cabo una ficcionalización literaria de sí mismo⁴.

Comenzaremos nuestro análisis considerando el marco espacial en el que Alexandre pasa los primeros años de su infancia. Se trata de un viejo inmueble informe, situado fuera del barrio judío al fondo del «Impasse Tarfoune», que el narrador

⁴ Para comprender mejor el significado de términos como «autobiografía», «novela autobiográfica» o «autoficción», entre otros, sugerimos al lector la lectura del texto de Vincent Colonna *L'autofiction, essai sur la fictionalisation de soi en littérature*. A este respecto, resulta también interesante la página web *Autopacte*, propuesta por Philippe Lejeune. El lector podrá encontrar la referencia completa a estas fuentes documentales al final del presente artículo.

autodiegético de la novela describe como un inmenso y estrecho callejón sin salida. Además, la familia de Alexandre comparte el apartamento en el que vive con otra familia, reduciéndose así el espacio de intimidad de los Benillouche a la más mínima expresión. Pese a todo, Alexandre describe el callejón como un islote en medio del caos, una especie de oasis de felicidad en el que se siente completamente seguro: «De mes premières années, je n'ai pas d'autres souvenirs que celui d'un jeu continuel, en sécurité dans notre Impasse deux fois caché» (Memmi, 1972: 23).

Por otro lado, la ciudad en la que se decide el destino del protagonista es descrita en el texto como un espacio heterogéneo formado por múnadas casi impermeables que raramente comunican entre sí. En efecto, judíos, árabes y europeos, en su mayoría franceses e italianos, viven en barrios separados en cuyo interior la atmósfera se mantiene homogénea y familiar, pero de los que resulta casi imposible salir. Configuraciones del espacio urbano similares a esta las encontramos en muchas otras novelas del Magreb escritas en la misma época por autores que, como Memmi, son víctimas de la colonización⁵.

Al igual que el protagonista de *La répudiation*, Alexandre se siente extranjero en aquellos barrios a los que, por su condición de judío, no le estaría normalmente permitido el acceso. Alexandre tiene incluso la impresión de vivir en el corazón de una ciudad esclava y prostituida, ocupada a lo largo de la historia por numerosas civilizaciones:

O ville prostituée, au cœur fragmentaire, qui ne t'a eue pour esclave? Quand je sus un peu d'histoire, j'en eus le vertige; Phéniciens, Romains, Vandales, Byzantins, Berbères, Arabes, Espagnols, Turcs, Italiens, Français [...] Cinq cents pas de promenade et l'on change de civilisation. [...] Et dans cette diversité, où n'importe qui se sent chez soi et personne à l'aise, chacun enfermé dans son quartier a peur de son voisin, le méprise ou le hait. [...] Dans cette atmosphère, nous vivions à table, à l'école, dans la rue (Memmi, 1972: 110-111).

⁵ Es el caso de *Nedjma* (1956), de Kateb Yacine, novela cuyos protagonistas difícilmente consiguen mezclarse con los colonizadores. También en *Les hauteurs de la ville* (1948), novela del escritor Emmanuel Roblès, la configuración del espacio urbano es muy similar a la que encontramos en *La statue de sel*. En ella, el barrio francés se encuentra en lo alto de una colina, en una zona de difícil acceso desde la que se puede observar el resto de la ciudad. De forma metonímica, los escalones más altos de la jerarquía social ocupan el espacio más elevado de la urbe.

Incluso después de conseguir la independencia, muchas ciudades del norte de África, situadas en países sometidos durante mucho tiempo a la colonización francesa, conservarán esta misma división en barrios casi impermeables en los que resulta incluso peligroso introducirse. Este fenómeno lo encontramos en *La répudiation*, novela escrita en 1969 por Rachid Boudjedra. En ella, el narrador autodiegético, que vive en el barrio árabe, disimula su rostro por miedo a ser agredido cuando atraviesa los demás barrios de la ciudad, en los que es considerado como un extranjero (cf. Boudjedra, 1999: 205-207).

En definitiva, la configuración espacial de la ciudad en la que vive Alexandre produce en él un desagradable sentimiento de extrañeza que poco a poco se apodera de su ser. Poco después, ese sentimiento de extrañeza dará paso a una profunda crisis de identidad, acentuada además por una serie de factores.

El primero de esos factores es el distanciamiento con el que el propio Alexandre observa las tradiciones que, por su condición de judío, debe respetar: «Être juif consistait-il en ces rites stupides? Je me sentais plus juif qu'eux, plus conscient de l'être, historiquement et socialement» (Memmi, 1972: 164). En efecto, el día a día de Alexandre está determinado por una larga serie de ritos de obligado cumplimiento, cuya validez además no puede ser cuestionada en ningún momento. Pero al joven Alexandre le resulta especialmente incómodo que la religión invada todas las esferas de su existencia:

Du petit jour à la nuit, de la naissance à la mort, il faut prier et remercier Dieu. Pas un geste, pas une parole qui n'ait une épaisseur sacrée. Aussi ne s'agissait-il pas seulement de la religion. Ma rage méprisante s'exerçait en permanence contre la morale hypocrite et timorée, la famille stupide et tyrannique, l'autorité brutale et injuste, les rites gratuits, étouffants et primitifs. En fait, je devais tout refuser (Memmi, 1972: 158).

Al cuestionar lo incuestionable, Alexandre entra enseguida en conflicto con su entorno, más en concreto con su padre. Su rebeldía le lleva a aislarse incluso de su propia familia: «À la maison, cependant, ma révolution globalement signifiée, je ne raillais plus, n'attaquais plus. Je tâchais simplement de vivre à l'écart. Mais au lieu d'une détente, il n'en résulta que plus de gêne» (Memmi, 1972: 168). Sin embargo, Alexandre no reniega de su condición de judío, consciente del carácter arbitrario de la misma. ¿Acaso no decía Montaigne: «Nous sommes Chrestiens à mesme tiltre que nous sommes ou Perigordins ou Alemans» (*Essais* II, 12)? Lo que Alexandre pone en duda es la necesidad de todos esos ritos:

Être juif consistait-il en ces rites stupides? Je me sentais plus juif qu'eux, plus conscient de l'être, historiquement et socialement. Leur judaïsme signifiait faire éteindre par Boubaker, manger du couscous le vendredi! Encore si la Bible prescrivait le couscous! (Memmi, 1972: 164).

¿Por qué conceder entonces una importancia tan desmesurada a los ritos?

Alexandre mira con cada vez más recelo la forma de actuar de su familia. Incluso le molesta la forma de bailar de su madre el día en que ésta se reúne con sus amigas para pedir por la salvación de la tía Maïssa: «Comment arrêter cette crise collective d'épilepsie? J'avais envie de leur crier des injures, de les frapper, de battre de toutes mes forces ces femmes et ces musiciens» (Memmi, 1972: 181).

El cuestionamiento casi constante de las costumbres judías agrava aún más la crisis de identidad en la que se encuentra sumido. El joven adolescente llegará incluso a negar su propio nombre, esencia misma del ser:

Ainsi, à la fin de mes études secondaires, je savais ce que je ne voulais pas être et confusément ce que je voulais. Je ne serais pas Alexandre Mordekhâï Benillouche, je sortirais de moi-même et irais voir les autres. Je n'étais ni juif, ni oriental, ni pauvre, je n'appartenais pas à ma famille ni à sa religion, j'étais neuf et transparent: j'étais à faire, je serais professeur de philosophie. Et, puisqu'il le fallait, je reconstruirais l'univers entier, à l'aide d'éléments simples et clairs, comme mes maîtres les philosophes, comme Poincaré (Memmi, 1972: 248).

Dicha crisis de identidad se agudiza más si cabe cuando a Alexandre le es concedida una beca de estudios por parte de la Alianza israelita⁶. Rodeado de europeos, el joven consigue dejar atrás, al menos durante el transcurso de las clases, el medio humilde y primitivo en el que le ha tocado vivir. Se sumerge así en un espacio diametralmente opuesto al suyo. Cuando se dirige por primera vez al liceo, situado en pleno barrio europeo, Alexandre tiene incluso la impresión de cambiar de país:

En allant au lycée, j'allais faire connaissance avec la ville. J'avais cru que, par une faveur insigne, on m'ouvrait les portes du monde, je n'aurais qu'à y entrer pour être accueilli avec joie: je me découvris irréductiblement étranger dans ma ville natale. Et, comme une mère, une ville natale ne se remplace pas (Memmi, 1972: 110).

En la novela, el liceo es presentado como un espacio heterogéneo. En él estudian adolescentes pertenecientes a distintos grupos sociales, pese a que la inmensa mayoría de ellos procede de familias adineradas: «À l'image de la ville, le lycée était d'une diversité dépayssante. J'eus des camarades français, tunisiens, italiens, russes, maltais, et juifs aussi, mais d'un milieu si différent du mien qu'ils m'étaient des étrangers» (Memmi, 1972: 119). No es de extrañar pues que Alexandre se sienta como «un bâtard de [s]a ville natale» (Memmi, 1972: 110). En el liceo Alexandre aprende a vivir en sociedad, respetando una serie de normas de convivencia de las que nunca había oído hablar. Allí además, tiene acceso a la cultura (¡la del colonizador!) y

⁶ Un planteamiento muy similar lo encontramos en la primera novela del escritor argelino Mouloud Feraoun, titulada *Le fils du pauvre* (1954). Al igual que Alexandre, Fouroulou, protagonista de la obra de Feraoun, recibe una beca de estudios. Los paralelismos entre ambas novelas, al menos desde una perspectiva tematólogica, son cuanto menos dignos de mención: en ambos casos, se trata de novelas autobiográficas en las que el autor cuenta sus años de formación. En ambos casos, además, el protagonista vive en un país del Magreb sometido a la colonización francesa (un pueblo de la Cabília argelina en *Le fils du pauvre*).

puede expresarse (¡debe hacerlo!) en la lengua de Racine. Aparentemente, el liceo constituye así un espacio de ascensión social. Sin embargo, con su beca de estudios Alexandre sólo consigue llevar a cabo una movilización horizontal y nunca la tan ansiada movilización vertical. En efecto, nunca llegará a integrarse por completo en el espacio reservado a las élites, al ser siempre considerado por los demás como alguien diferente.

En este sentido, Alexandre recuerda aquí a Ferdi, protagonista de la novela *Le passé simple* (1954)⁷. Al igual que él, Alexandre tampoco conseguirá identificarse con ninguna de las dos culturas a las que tiene acceso:

Moi je suis mal à l'aise dans mon pays natal et n'en connais pas d'autre, ma culture est d'emprunt et ma langue maternelle infirme, je n'ai plus de croyances, de religion, de traditions et j'ai honte de ce qui en eux résiste au fond de moi. Pour essayer d'expliquer ce que je suis, il me faudrait un auditoire intelligent et du temps: je suis de culture française mais Tunisien. («Vous savez, l'art racinien, l'art français par excellence, n'est parfaitement accessible qu'aux seuls Français»); je suis Tunisien mais juif, c'est-à-dire politiquement, socialement exclu, parlant la langue du pays avec un accent particulier, mal accordé passionnellement à ce qui émeut les musulmans; juif mais ayant rompu avec la religion juive et le ghetto, ignorant de la culture juive et détestant la bourgeoisie inauthentique; je suis pauvre enfin et j'ai ardemment désiré en finir avec la pauvreté, mais j'ai refusé de faire ce qu'il fallait (Memmi, 1972: 364).

En el liceo, la lengua se convierte en una fuente más de exclusión. Desde el primer día de clase, Alexandre ve cómo sus compañeros se mofan del acento con el que habla. Pero al mismo tiempo, es consciente de que el dominio del francés constituye el único medio posible para acceder a la cultura de las élites: «Obscurément, je sentais que je pénétrais l'âme de la civilisation en maîtrisant la langue» (Memmi, 1972: 123).

La adopción de la lengua del colonizador se traduce en la negación de la lengua materna, que Alexandre define como imprecisa e imperfecta: «Notre patois suffisait à peine au langage quotidien du boire et du manger. Pouvais-je leur dire que ma mère ne parlait aucune langue européenne, qu'elle ne parlait pas même convenablement son patois?» (Memmi, 1972: 120). A medida que el francés gana terreno en su

⁷ En ella, Driss Chraïbi cuenta también la historia de un joven muchacho que, como Alexandre, se siente extranjero en su propio país. Marruecos, país en el que vive, se encuentra, al igual que Túnez, bajo protectorado francés. A caballo también entre dos culturas, la suya y la del colonizador, Ferdi afirma que se ha producido en su interior una especie de simbiosis entre ambas, aunque precisa: «Symbiose oui, mais symbiose de mon rejet de l'Orient et du scepticisme que fait naître en moi l'Occident» (Chraïbi, 1995: 205).

vida, la lengua materna va cayendo poco a poco en el olvido. Es entonces cuando Alexandre experimenta una desagradable sensación de extrañeza que se traduce en una percepción oscura de sí mismo:

Je pense en français et mes soliloques intérieurs sont depuis longtemps de langue française. Lorsqu'il m'arrive de me parler en patois, j'ai toujours l'impression bizarre, non d'utiliser une langue étrangère, mais d'entendre une partie obscure de moi-même, trop intime et périmée, oubliée jusqu'à l'étrangeté (Memmi, 1972: 314).

Paradójicamente, pese a renunciar casi por completo al uso de su lengua materna, Alexandre tendrá durante mucho tiempo grandes dificultades para dominar el francés: «Ma langue était, en effet, en fusion, un infâme mélange d'expressions littéraires ou même précieuses, de tours traduits du patois, d'argot écolier et d'inventions verbales plus ou moins réussies» (Memmi, 1972: 126). La imperfección con la que Alexandre habla las dos lenguas agudiza aún más el sentimiento de extrañeza con el que vive. Esto se manifiesta muy bien cuando en numerosas ocasiones el protagonista se muestra incapaz de nombrar los objetos de su entorno: «Les choses m'échappaient, me restaient étrangères, me semblait-il, si je ne pouvais pas les nommer» (Memmi, 1972: 124). Vemos pues que estar a caballo entre dos culturas implica necesariamente estarlo entre las lenguas que las vehiculan y en las que se expresan⁸.

En definitiva, la vida de Alexandre siempre estuvo marcada por la ruptura: ruptura con los suyos, al poner continuamente en cuestión su forma de vivir; ruptura con los compañeros del liceo, que pertenecen a una élite social a la que no puede acceder; y ruptura consigo mismo, al negarse a hablar su propia lengua y ocultar a los demás su verdadero nombre⁹: dicho de otra manera, ruptura con Oriente, más tarde con Occidente, al constatar con decepción la imposibilidad de ser acogido por la nueva cultura. Alexandre tiene así la desagradable impresión de no pertenecer a ningún sitio, de no formar parte de ningún grupo. Sólo al final se dará cuenta de que el origen de su malestar no se encuentra en los demás, con quienes se ha empeñado en romper durante tanto tiempo, sino en sí mismo: «Moi, je n'aurai jamais la solution de mon problème, car je suis le problème» (Memmi, 1972: 362).

⁸ Esta implicación carece lógicamente de sentido cuando la lengua de ambas culturas es la misma. No obstante, incluso en este caso, pequeñas diferencias en el uso de determinadas estructuras sintagmáticas, tiempos verbales, léxico, e incluso en la forma de pronunciar determinados fonemas pueden conducir al choque cultural e incluso a la exclusión.

⁹ Lo vemos muy bien en el fragmento siguiente: «J'ai rompu avec l'Impasse, parce que ce n'était qu'un rêve d'enfance, avec mon père et ma mère, parce que j'ai eu honte d'eux, avec les valeurs de la communauté parce qu'elles sont périmées, avec l'ambition et les bourgeois parce qu'ils sont injustes et d'idéal frelaté, avec la ville parce qu'elle vit au moyen âge oriental et ne m'aime pas, avec l'Occident parce qu'il est menteur et égoïste» (Memmi, 1972: 368).

Como vemos, la escritura de esta primera novela permite a Memmi constatar un problema, pero no resolverlo. En efecto, con *La statue de sel* el autor consigue tomar conciencia de la crisis de identidad en la que vive. Esto es así gracias a que la literatura permite al individuo desligarse de la realidad y proyectar una mirada distanciada sobre sí mismo y su entorno, convirtiéndolo así en espectador de su propia existencia. Sin embargo, la ficción literaria, incluso bajo la forma de la novela autobiográfica, no le basta al escritor para describir de forma precisa un fenómeno tan complejo como el de la colonización, culpable, en gran medida, del sentimiento de extrañeza en el que vive sumido. Por eso, sin renunciar a la escritura, Memmi decide recurrir a la reflexión teórica, sirviéndose para ello de otro género diferente: el ensayo filosófico¹⁰. Ampliamos a continuación esta idea con referencias más precisas.

2. El ensayo filosófico como complemento necesario

Unos años después de la publicación de *La statue de sel*, el autor afirma no haber alcanzado el objetivo que se había marcado al escribir el libro, a saber, configurar el retrato de la vida de un hombre como él en un país como el suyo. Tampoco lo consigue en 1955 con su segunda novela, *Agar*, de carácter también autobiográfico. Habrá que esperar a la publicación del *Portrait du colonisé*, en 1957, para que la empresa inicial llegue a buen puerto.

En efecto, la crisis de identidad en la que viven sumidos no sólo los personajes de *La statue de sel* y *Agar*, sino también el propio Memmi, no se podría entender sin tener en cuenta el fenómeno de la colonización: «Je découvrais que peu d'aspects de ma vie et de ma personnalité, n'avaient pas été affectés par cette donnée» (Memmi, 1985: 12). El autor se da cuenta de que la ficción literaria no le permite analizar el problema con profundidad, por lo que decide hacerlo desde una perspectiva teórica. Con este objetivo, Memmi escribe el *Portrait du colonisé*, ensayo filosófico en el que el autor es capaz de analizar el fenómeno desde el punto de vista no sólo de la víctima, sino también del verdugo (como sabemos, el *Portrait du colonisé* está precedido de un *Portrait du colonisateur*)¹¹.

¹⁰ En este sentido, Memmi procede de forma similar a como lo hicieron en Francia los filósofos ilustrados del Siglo de las Luces. En *La Nouvelle Héloïse*, por ejemplo, Rousseau ilustra, sirviéndose de la ficción, los principios teóricos expuestos en *L'Émil* o el *Contrat social*. Análogamente, los cuentos filosóficos de Voltaire o novelas como *Jacques le Fataliste et son maître* de Diderot constituyen soportes ficcionales a toda una serie de ensayos teóricos. Memmi se suma así a la tradición ilustrada francesa, consciente de que el binomio ensayo-ficción resulta especialmente eficaz en la transmisión de ideas. Por otro lado, no debemos olvidar que el *Portrait du colonisé* constituye una denuncia contra el hecho mismo de la colonización y no contra «lo francés». Prueba de ello es que, tal y como señalaré en la conclusión del artículo, Memmi ha destacado siempre como uno de los principales defensores del uso de la lengua francesa en la literatura del Magreb.

¹¹ Esta forma de abordar la identidad, analizándola desde el punto de vista de la alteridad, resulta especialmente original y novedosa. Insistiremos sobre esta idea en la conclusión del artículo.

Así pues, tal y como señala el autor en el prefacio a la edición de 1966, su objetivo es llevar a cabo de forma teórica una reflexión sobre el hecho de la colonización, imprescindible, dice, para comprender la esencia de ese hombre cuyo retrato se había propuesto trazar en la primera novela. Por eso, podemos decir que *La statue de sel*, *Agar* y el *Portrait du colonisé* constituyen una especie de tríptico en el que el problema de la colonización es abordado tanto desde el punto de vista del colonizado como del colonizador:

Je mentirais en disant que j'avais vu au départ toute la signification de ce livre. J'avais écrit un premier roman, *La Statue de sel*, qui racontait une vie, celle d'un personnage pilote, pour essayer de me diriger dans la mienne. Mais l'impossibilité qui m'apparut au contraire, d'une vie d'homme accomplie dans l'Afrique du Nord de l'époque, me conduisit à tenter une issue dans le mariage mixte. Ce fut *Agar*, qui se terminait par un autre échec. Je fondais alors de grands espoirs sur le couple, qui me semble encore l'un des plus solides bonheurs de l'homme; peut-être, la seule solution véritable à la solitude. Mais je venais de découvrir également que le couple n'est pas une cellule isolée, une oasis de fraîcheur et d'oubli au milieu du monde; le monde au contraire était dans le couple. Or, pour mes malheureux héros, le monde était celui de la colonisation; et si je voulais comprendre l'échec de leur aventure, celle d'un couple mixte en colonie, il me fallait comprendre le Colonisateur et le Colonisé, et peut-être même toute la relation et la situation coloniales (Memmi, 1985: 11).

Numerosos críticos coinciden en señalar la coherencia de la obra de Memmi, destacando la manera como el ensayo filosófico surge como complemento necesario a la obra ficcional (Jack, 2002: 202). En el caso del tríptico que nos ocupa, la unidad de los tres textos se pone aún más de manifiesto si tenemos en cuenta que los prefacios a *La statue de sel*, por un lado, y al *Portrait du colonisé*, por otro, fueron escritos respectivamente por Camus y Sartre. Este hecho demuestra que las tesis emitidas por el escritor tunecino, sobre todo cuando analiza el sentimiento de extrañamiento provocado por fenómenos opresivos como la colonización, se encuentran en la misma línea que las defendidas por los autores de *L'étranger* y *La nausée*.

Para Memmi, la colonización es una explotación que aporta beneficios únicamente a los colonizadores y carencias a los colonizados. Añade el autor que en las relaciones coloniales lo que prima fundamentalmente es el provecho económico: «Les motifs économiques de l'entreprise coloniale sont aujourd'hui mis en lumière par tous les historiens de la colonisation; personne ne croit plus à la *mission* culturelle et morale, même originelle, du colonisateur» (Memmi, 1985: 33). Pero los colonizadores son conscientes de que en la *Métropole* no podrían disfrutar de tales privilegios.

Por eso, dice Memmi, no debe extrañarnos la violencia con la que atacan a todos aquellos que podrían poner en peligro su situación. En consecuencia, la existencia de los llamados «colonizadores de buena voluntad» es incompatible con el hecho mismo de la colonización:

N'y a-t-il alors, d'autre issue que la soumission au sein de la collectivité coloniale ou le départ? Si, encore une. Puisque sa rébellion lui a fermé les portes de la colonisation et l'isole au milieu du désert colonial, pourquoi ne frapperait-il pas à celle du colonisé qu'il défend et qui, sûrement, lui ouvrirait les bras avec reconnaissance? Il a découvert que l'un des camps était celui de l'injustice, l'autre est donc celui du droit. Qu'il fasse un pas de plus, qu'il aille jusqu'au bout de sa révolte, la colonie ne se limite pas aux Européens! Refusant les colonisateurs, condamné par eux, qu'il adopte les colonisés et s'en fasse adopter: qu'il se fasse transfuge (Memmi, 1985: 50).

Por desgracia, el número de colonizadores dispuestos a tomar seriamente esta vía es siempre muy escaso.

Uno de los rasgos fundamentales del colonizador, añade Memmi, es la mediocridad. Convencido, muy a su pesar, de la falta de legitimidad de la empresa colonizadora, el colonizador padece lo que el autor llama el «complejo de Nerón»:

L'usurpateur, certes, revendique sa place et, au besoin, la défendra par tous les moyens. Mais, il l'admet, il revendique une place usurpée. C'est dire qu'au moment même où il triomphe, il admet que triomphe de lui une image qu'il condamne. Sa victoire de *fait* ne le comblera donc jamais: il lui reste à l'inscrire dans les lois et dans la morale. Il lui faudrait pour cela en convaincre les autres, sinon lui-même. Il a besoin, en somme, pour en jouir complètement, de se laver de sa victoire, et des conditions dans lesquelles elle fut obtenue. D'où son acharnement, étonnant chez un vainqueur, sur d'apparentes futilités: il s'efforce de falsifier l'histoire, il fait réécrire les textes, il éteindrait des mémoires. N'importe quoi, pour arriver à transformer son usurpation en légitimité (Memmi, 1985: 77).

El colonizado, por su parte, es víctima de todo un proceso de despersonalización puesto en marcha por el colonizador. Reducido a la simple marca del plural «*Ils* sont ceci... *Ils* sont tous les mêmes» (Memmi, 1985: 106), el colonizado nunca es considerado de forma diferencial, sino como parte de una colectividad anónima. Su sino es pues la pérdida de la identidad y la negación de su propio *yo*. Además, el colonizado está condenado a la sumisión y al rechazo, al quedar excluido de la historia y de la ciudad. Sólo le quedan la religión y la familia como únicos valores de referencia, o «valores refugio», como los llama el autor.

Según Memmi, de todas las carencias con las que vive el colonizado, la exclusión de la historia y de la ciudad son las más graves. Empecemos por la primera: incapaz de decidir en los asuntos de su propia nación, el colonizado es reducido a la condición de mero espectador de una historia de la que nunca formará parte activa. De esta manera, a la nación colonizada se le niega no sólo el derecho a conservar la memoria de su pasado, sino también el derecho a proyectarse hacia el futuro. El colonizado queda así excluido del tiempo. Tampoco se le permite participar en el gobierno de su propia ciudad ni se le imponen los deberes propios de cualquier ciudadano moderno: por eso nunca consigue sentirse «citoyen». De esta forma, el colonizado queda también excluido del espacio en el que vive. Por eso, indica: «Par suite de la colonisation, le colonisé ne fait presque jamais l'expérience de la nationalité et de la citoyenneté, sinon *privativement: nationalement, civiquement, il n'est que ce que n'est pas le colonisateur*» (Memmi, 1985: 117).

Por otra parte, el caso de Memmi es bastante específico. Al igual que el héroe de su primera novela, el escritor no se siente integrado en su propio grupo, al cuestionar continuamente las costumbres y los ritos practicados por los suyos. Ello le lleva, entre otras cosas, a alejarse de su familia. Prescinde así casi sin darse cuenta de los «valores refugio» a los que hemos hecho alusión más arriba. En consecuencia, la crisis de identidad en la que acaba sumido será mucho mayor que en el caso de los demás colonizados. Como Alexandre, Memmi vive a caballo entre dos culturas, entre dos lenguas y, en definitiva, entre dos mundos:

Je n'étais pas musulman, ce qui, dans un pays où tant de groupes humains voisinaient, mais chacun jaloux étroitement de sa physionomie propre, avait une signification considérable. Si j'étais indéniablement un indigène, comme on disait alors, aussi près du possible du Musulman, par l'insupportable misère de nos pauvres, par la langue maternelle (ma propre mère n'a jamais appris le français), par la sensibilité et les mœurs, le goût pour la même musique et les mêmes parfums, par une cuisine presque identique, j'ai tenté passionnément de m'identifier au Français (Memmi, 1985: 18).

De esta manera, el escritor tunecino adquiere una especie de condición híbrida que le permite trazar no sólo el retrato del colonizado, sino también el del colonizador:

Au fond, même le Pied-Noir le plus simple de sentiments et de pensée, je le comprenais, si je ne l'approuvais pas. Un homme est ce que fait de lui sa condition objective, je l'ai assez répété. Si j'avais bénéficié davantage de la Colonisation, me disais-je, aurais-je réellement réussi à la condamner aussi vigoureusement? Je veux espérer que oui; mais d'en avoir souffert à peine moins que les autres, m'a déjà rendu plus compréhensif. Bref,

le Pied-Noir, le plus têtue, le plus aveugle, a été en somme mon frère à la naissance. La vie nous a traités différemment; il était reconnu fils légitime de la Métropole, héritier du privilège, qu'il allait défendre à n'importe quel prix, même le plus scandaleux; j'étais une espèce de métis de la colonisation, qui comprenait tout le monde, parce qu'il n'était totalement personne (Memmi, 1985: 20).

3. Conclusiones

Como hemos visto ya, el fenómeno de la colonización destruye los cuatro puntos de referencia que cualquier ser humano necesita para orientarse en el mundo. Dicho de otra manera, la colonización desnaturaliza los cuatro deícticos que configuran la esencia de cualquier identidad, a saber, la serie *yo-tú-aquí-ahora*. En efecto, en los países víctimas de la colonización, en los que se impone con fuerza una dialéctica del tipo maestro *vs.* esclavo, el colonizado se siente «extraño»¹² no sólo en relación consigo mismo y con quienes le rodean, sino también con el espacio y el tiempo en los que vive.

En lo que se refiere al espacio y al tiempo (el *aquí* y el *ahora*), ya hemos visto más arriba cómo el fenómeno de la colonización excluye al colonizado de la ciudad (espacio) y de la historia (tiempo). Al negársele la posibilidad de mantener viva la historia de su país, el individuo es sometido a todo un proceso de aculturación que se traduce en la aniquilación de sus propios valores. Como resultado de dicho proceso, la única cultura que sobrevive es la del colonizador.

Como consecuencia de la aculturación, el colonizado termina sintiéndose extranjero en su propio país. Además, enseguida se genera en él una incómoda hibridación lingüística que se traduce en el desplazamiento, casi olvido, de la lengua materna. ¿Acaso no es la lengua del colonizador una herramienta necesaria e imprescindible (aunque no suficiente) para conseguir el ascenso social? Por otra parte, la aculturación trae consigo también el cuestionamiento de las propias costumbres. A menudo, el colonizado llega incluso a negar su propio nombre, avergonzado de formar parte de una cultura oficialmente inferior. De esta manera, el colonizado termina definiéndose por negatividad, es decir, siempre en relación con una alteridad (*yo* soy lo que *tú* no eres). Como consecuencia, el segundo de los cuatro deícticos a los que nos referíamos antes (*tú*, que marca la alteridad) irrumpe con una fuerza tal en la vida del colonizado que acaba incluso invadiendo las esferas más íntimas de su propio *yo*.

¹² A lo largo de todo este trabajo, hemos jugado con la doble traducción que el término francés «étranger» nos permite en castellano. Hablamos pues de «extranjero» cuando nos referimos a la pertenencia o no a una determinada nación; por el contrario, optamos por los términos «extraño» o «extrañeza» siempre que queremos describir el sentimiento desgarrador que invade al ser humano al observar con distanciamiento su propio ser y el entorno que lo rodea.

Pero como hemos visto, el caso de Memmi es todavía más dramático que el de otros colonizados. Su pertenencia a un pueblo como el judío, condenado históricamente a errar por el mundo en busca de una tierra en la que asentarse, determina de forma radical la relación tan particular que el autor mantiene con el entorno en el que vive. Por si fuera poco, Memmi no consigue nunca identificarse con su propio pueblo, perdiendo así los únicos «valores refugio» que por su condición de colonizado le estaba permitido conservar. Además, al negar sus propios orígenes, Memmi se condena a sí mismo a la orfandad. Pero al no poder integrarse en el grupo de los colonizadores, nada ni nadie consiguen rellenar el vacío existencial que deja tras de sí la pérdida de dichos valores. Memmi acaba siendo pues un huérfano sin opción a ser adoptado. Como Alexandre, Memmi tendrá siempre la desagradable impresión de no pertenecer a ningún sitio. «Que sera-t-il donc pour finir?», se pregunta Camus en el prefacio de *La statue de sel*. Responderemos a esta cuestión con la misma contundencia con la que lo hace el autor de *L'étranger*: «Un écrivain, puisque M. Memmi donne avec *La statue de sel* une preuve qu'il l'est» (Memmi, 1972: 9).

Con su brillante obra literaria, Memmi demuestra hasta qué punto la escritura puede ayudar al ser humano a comprender el lugar que ocupa en el mundo. Las nociones de identidad y alteridad constituyen un núcleo teórico fundamental de la obra del autor, y esto es así no sólo durante los años de ocupación francesa, sino también después de las sucesivas declaraciones de independencia en los países del Magreb.

En los dos volúmenes que componen el *Portrait d'un juif* (1962), Memmi aplica dichas nociones al caso concreto de los judíos. Al considerar la situación de opresión en la que viven, establece paralelismos con el fenómeno mismo de la colonización. En *Portrait d'un juif*, además, Memmi introduce un nuevo concepto de «judéité». El sufrimiento del pueblo judío está también presente en obras como *La libération du juif* (1966) o *Juifs et Arabes* (1974). La publicación de esta última provoca, como es sabido, el enfrentamiento entre Memmi y el escritor marroquí Abdelkébir Khatibi, que censura la manera como el primero se pronuncia a favor de Israel en la cuestión palestina.

El tema de la opresión constituye una constante en la obra de Memmi, tal y se vuelve a poner de manifiesto en *L'Homme dominé* (1968) o *La Dépendance* (1979). Destacamos también el libro *Le Racisme* (1994), donde Memmi introduce el concepto de «hétérophobie» para referirse de forma general al fenómeno del rechazo contra lo diverso: el racismo sería así una manifestación particular de la «heterofobia». Por último, la publicación de textos como *Portrait du décolonisé arabo-musulman et de quelques autres* (2004) demuestra que Memmi es sensible al sufrimiento humano en general, no sólo al suyo propio.

Pero además de antólogo, Memmi destaca como crítico. Debemos subrayar el papel fundamental que ha desempeñado en el reconocimiento de las literaturas magrebíes de expresión francesa. Destacamos a este respecto su *Anthologie des écrivains*

maghrébins d'expression française (1964). En efecto, Memmi ha defendido siempre el derecho de los autores del Magreb a escribir en francés sin que ello suponga una traición a su nación. Al fin y al cabo, ¿no debería ser «la République des Lettres» la verdadera patria de cualquier autor?

En conclusión, Memmi debe ser considerado como uno de los grandes pensadores de nuestra época. Sus textos y las reflexiones que transmiten son perfectamente aplicables a los tiempos en los que vivimos, ya que cada vez más individuos se encuentran en una situación de opresión motivada por sus creencias religiosas, su condición social o la mera pertenencia a un grupo étnico y/o cultural determinado. Además, las nociones de extranjero, extrañamiento, identidad o alteridad, a las que con tanta precisión se refiere una y otra vez, nos ayudan a comprender el sentir de muchas minorías culturales en el mundo globalizado del siglo XXI.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOUDJEDRA, Rachid (1999): *La répudiation*. París, Folio (1ª ed. Denoël, 1969).
- CHAOUACHI-MARZOUKI, Afifa & Samir MARZOUKI (2010): *Individu et communautés dans l'œuvre d'Albert Memmi*. París, L'Harmattan.
- CHRAÏBI, Driss (1995): *Le passé simple*. París, Folio (1ª ed. Denoël, 1954).
- COLONNA, Vincent (1989): *L'autofiction. Essai sur la fictionalisation de soi en Littérature. Doctorat de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales* [Consulta en línea: <http://tel.archives-ouvertes.fr/docs/00/04/70/04/PDF/tel-00006609.pdf>; 26/10/2013].
- DEJEUX, Jean (1992): *La littérature maghrébine d'expression française*. París, PUF.
- DUGAS, Guy (1984): *Albert Memmi, écrivain de la déchirure*. Québec, Naaman.
- ELBAZ, Robert (1988): *Le discours maghrébin, dynamique textuelle chez Albert Memmi*. París, Le Préambule.
- FERAOUN, Mouloud (1995): *Le fils du pauvre*. París, Points (1ª ed. Seuil, 1954).
- GENETTE, Gérard (1972): *Figures III*. París, Seuil.
- JACK, Belinda (2002): *Francophone literatures: An Introduction Survey*. Oxford University Press.
- JOUBERT, Jean-Louis *et al.* (1992): *Littérature francophone: anthologie*. París, Nathan.
- KATEB, Yacine (1996): *Nedjma*. París, Points (1ª ed. Seuil, 1956).
- LEJEUNE, Philippe: *Autopacte* [Consulta en línea: <http://www.autopacte.org>; 26/10/2013].
- MEMMI, Albert (1972): *La statue de sel*. París, Folio (1ª ed. Corrèa, 1953).
- MEMMI, Albert (1985): *Portrait du colonisé (précédé du Portrait du colonisateur)*. París, Gallimard (1ª ed. Corrèa, 1957).

ROBLÈS, Emmanuel (1968): *Les hauteurs de la ville*. Paris, Le Livre de Poche (1^a ed. Seuil, 1948).